

UNA MENTIRA LETAL Y CÓMO ENFRENTARLA

Oh, Jesús, Verdad viva de la que fluye toda verdad, te honro en mi vida en este día. Te ruego que no me aparte de tu verdad debido a las mentiras ingeniosas que el enemigo me presente. Que por tu bendito Espíritu Santo escudriñe tu Palabra, tu Palabra viva, mediante la cual mi corazón, mi mente y mi vida están fijos en el Señor Jesucristo, y soy transformado a su imagen día a día. Amén.

La mente humana tiene una naturaleza tal que es fácil engañarla. Incluso poseer una gran cantidad de conocimientos no supone una garantía de que no te engañarán nunca. La actitud más peligrosa que se puede tener es la que dice: *Sé tanto que nadie me podrá engañar.* Esta actitud ha llevado a muchas personas por el camino del engaño.

Cuando engañan a una persona, es probable que cometa errores. Por ejemplo, a un ingeniero se le puede engañar si dispone de una información incorrecta, que provocará errores en su diseño. Estos errores pueden hacer que el nuevo edificio o puente no sean sólidos y se vengán abajo fácilmente. Un médico puede equivocarse respecto al significado de las pruebas clínicas, y luego cometer un error en su diagnóstico. Las consecuencias pueden ser devastadoras.

Por potencialmente peligrosas que sean estas cosas, las consecuencias de los errores provocados por el engaño son más terribles cuando se producen en el campo religioso. Estos errores

no afectan solamente a esta vida, sino también a la venidera. Hay que tener mucho cuidado con todo lo que afecte a la eternidad. Cuando hablamos de la eternidad, debemos asegurarnos de que tenemos una verdad limpia de todos los errores.

El corazón humano siente una fuerte aversión a la verdad desnuda de la Biblia. Para que el corazón humano se sienta atraído por la verdad bíblica, se lo debe avivar un poco con cosas sin importancia. Este es el motivo de que en la iglesia moderna existan tantos objetos destinados a inspirar y tantas baratijas religiosas.

El corazón humano no acepta la verdad desnuda tal cual. Siempre busca la verdad más algún aditivo que la haga digerible. El motivo simple de esto es que la verdad raras veces halaga nuestra vanidad humana. La verdad nos dice en qué nos equivocamos y dónde hemos de introducir cambios, y a la vanidad humana eso no le gusta nada. La verdad es un capataz severo, y exige todo o nada. Debido a nuestra aversión a la verdad, hemos aceptado la antigua canción que dice: “Con un poco de azúcar esa píldora que os dan satisfechos tomaréis”.

Este es el problema con la verdad y la vanidad humana. La vanidad humana quiere negociar y guardarse algún secretillo a modo de mascota, mientras que la verdad insiste en descubrir todos los aspectos. A nadie le gusta descubrir que hay una parte de su vida o de su pensamiento que no está bien, pero la verdad es implacable con todas las incoherencias.

El hombre prefiere vivir en las brumas doradas de la ilusión que en las cumbres heladas de la verdad. A la vanidad humana le resulta más fácil creer una mentira atractiva que aceptar la cruda verdad. Esto ha facilitado bastante el engaño, como resultado de lo cual los herejes han salido ganando.

“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”, enseñó Jesús (Jn. 3:3). Esta ceguera facilita imponer a las personas ideas y formas de pensar que contradicen la verdad bíblica

sólida. El ámbito donde esto resulta más peligroso es el religioso. Los espíritus malignos condenan a hombres y a mujeres, el cuerpo y el alma, dándoles una fe falsa. Este ha sido el arsenal de las sectas a lo largo de los tiempos.

Sin embargo, lo que más me interesa son los cristianos evangélicos. En nuestro anhelo por alcanzar para Cristo a hombres y a mujeres, hemos intentado que la verdad sea digerible para el hombre natural. Al no querer ofender a nadie, ni ser acusadores, intentamos que la Biblia encaje en la cultura que nos rodea.

Cuestión de confianza

Uno de los elementos esenciales de la vida es la confianza. Todo lo demás se edifica sobre este concepto fundamental de la confianza. Este conforma quiénes somos al determinar nuestra escala de valores y, por supuesto, nuestra vida. Las cosas en las que depositas tu confianza determinan, en gran medida, la calidad de tu vida.

Algunos ponen su confianza en la economía. La acumulación de una gran cantidad de riquezas les proporciona una gran paz y contentamiento. Como el avaro que se consuela contando su dinero todas las tardes, hoy día muchas personas encuentran una especie de consuelo falso cuando ponen su confianza en su economía.

Otros ponen su confianza en su educación y en su capacidad de hacer cosas. Para una persona no hay nada tan satisfactorio como conseguir algo importante. Cuando una persona confía en su capacidad de hacer algo, sea lo que fuere, disfruta de un alto grado de satisfacción, al menos durante un tiempo.

Podría darte una larga lista de ejemplos de cómo aquello en lo que depositamos nuestra confianza nos ofrece cierto grado de confort y de satisfacción, pero creo que la idea está clara. Las cosas en las que ponemos nuestra confianza nos dan paz, tanto

si esta se basa en la verdad como en mentiras. Si nuestra confianza se basa en una mentira, solo durará lo mismo que esta. Una vez se descubra la mentira, la confianza se hundirá.

Dime en qué está arraigada tu confianza y podré describir tu vida con bastante precisión. Tu vida es tan sólida como lo sea tu confianza. Es como unos cimientos, que determinan lo grande que puede ser un edificio. Si alguien intenta construir un edificio que supere la resistencia de los cimientos, en el futuro la construcción se vendrá abajo.

Por lo tanto, tú basas tu confianza en la verdad o en la mentira. Lamentablemente, la inmensa mayoría de personas ha puesto su confianza en algo que luego ha demostrado ser mentira. Tenían toda la intención de creer que aquello en lo que confiaban era la verdad absoluta, pero resultó no ser así.

Quiero etiquetar esta mentira como algo letal. Con esto quiero decir que es una mentira diseñada concretamente por el enemigo del alma humana para destruir a quienes crean en ella. Su naturaleza es tal que hace que todas las personas que confían en ella se aparten de Dios y de su gracia. Como cristianos, tenemos la obligación de detectar esta mentira letal y desmontarla. La única manera eficaz de hacerlo es exponiendo la verdad. La mejor manera de demostrar que una vara está torcida es poniéndola al lado de otra que no lo esté. Ni siquiera hace falta decir nada.

Las mentiras letales

Déjame enumerar algunas de las mentiras en las que han confiado hombres y mujeres. Confiaron en que estas cosas eran ciertas porque otros hombres y mujeres dignos de confianza les dijeron que lo eran. Quizá fue un pastor, un profesor de escuela dominical o un abuelo. Aunque es posible que la persona que contó esa mentira tuviera la mejor intención del mundo, la mentira solo tiene un objetivo, que es la destrucción.

La primera mentira que quiero señalar es la que dice que puedes amar el mundo y, aun así, ser salvo.

Sansón quedó atrapado por su mentira. Sabía que Dios le había llamado para un propósito concreto en sus planes. No se oponía a hacer la obra de Dios, pero también quería disfrutar de los placeres del mundo. El Señor dijo que ningún israelita debería tener nada que ver con los filisteos. Aun así, Sansón miraba con ojos soñadores al otro lado de la valla teológica, y deseó a una mujer filisteá.

Sansón creía que podía cumplir la misión de Dios y disfrutar también de las cosas del mundo. Hoy día muchos creen lo mismo: que si son buenas personas, al menos en su propia opinión, Dios lo comprenderá y lo aceptará. Después de todo, se nos dice, nadie es perfecto. Sin embargo, hay alguien que sí lo es: el Señor Jesucristo; y en las Escrituras se nos exhorta a poner su mente en nosotros. En el juicio final se nos comparará con Él.

Otra mentira que parece seguir gozando de buena salud es que el infierno no existe. Las personas que están convencidas de la inexistencia del infierno suelen ser las mismas que felicitan a Jesús por ser tan buen maestro. Aquí hay algo que no encaja. Jesús, más que ninguna otra persona de las Escrituras, enseñó que existe un infierno. Es incoherente calificarle de buen maestro y, sin embargo, no creer lo que Él dijo que era cierto.

Esta mentira sobre el infierno se ha popularizado por medio de la repetición constante. Si uno dice algo el tiempo suficiente, la gente empezará a creerlo. A la mayoría no le interesan las pruebas de la veracidad de algo así. Si la persona correcta les dice algo, van a aceptarlo, creerlo y confiar en ello. En nuestra cultura, las celebridades tienen más peso que los teólogos piadosos, y la gente cree lo que ellas les cuentan.

A Jesús se le acepta como autoridad en muchas cosas como, por ejemplo, el amor de Dios y el cielo, pero no se le considera así respecto a otra cosa que enseñó: el infierno. Si lo que dijo Jesús

sobre tales cosas es cierta, ¿por qué no creer lo que dijo sobre el infierno?

Estoy de acuerdo en que hablar del infierno no es popular. Sin embargo, si es cierto, y Jesús enseñó que lo es, hay que enseñarlo. La idea popular que dice que un Dios de amor no podría enviar a nadie al infierno carece de fundamento bíblico que la respalde.

Otra de las mentiras que rondan por ahí dice que tras la muerte ya habrá tiempo de arrepentirse. Puedes vivir tu vida como te plazca. Dios entiende que nadie es perfecto, y después de la muerte todos tendremos la oportunidad de arrepentimos en algún purgatorio. Sin embargo, las Escrituras enseñan algo diferente. Déjame repetir que cada mentira del enemigo va destinada a apartarnos de la verdad de Dios y condenar nuestras almas.

El escritor del libro de Hebreos lo deja muy claro: “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (He. 9:27). Después de la muerte no hay tiempo para arrepentirse; más bien llega el juicio. La mentira que me dice que tengo mucho tiempo, y que no tengo que inquietarme, es una mentira que nace en el propio infierno.

Otra mentira popular es que nuestras buenas obras nos salvarán. Si cuestiono esto, algunos me acusarán de estar en contra de las buenas obras. No es así. Creo que debemos hacer todas las buenas obras que podamos. Nuestro Señor, cuando estaba en este mundo, fue haciendo el bien, y nosotros hemos de hacer lo mismo. Pero el propósito de las buenas obras no es cambiarnos, y mucho menos salvarnos; es una demostración de nuestro cambio interno. Ninguna obra puede cambiar nuestro estado biológico. Ninguna obra tiene el poder de cambiarnos por dentro. Un hombre, aunque durante toda su vida haya hecho buenas obras, sigue siendo pecador.

El apóstol Pablo escribe sobre esto:

¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Ro. 4:1-5).

Otra mentira que apenas se cuestiona es que Dios es demasiado bueno como para castigar. Esto pone en duda las leyes de Dios. ¿Para qué son? ¿Ignorará Dios sus propias leyes? ¿Qué propósito tiene que Dios las establezca?

Esta mentira sugiere que Dios ignorará las leyes que ha creado desde la fundación del mundo y dejará que la gente haga lo que quiera sin que haya consecuencias. Si creo que puedo hacer lo que me apetezca, no tengo por qué tener en cuenta una autoridad superior. Hago lo que quiero y Dios respetará mi actitud, porque es demasiado bueno como para infligirme un castigo, independientemente de cómo haya desobedecido sus leyes.

En el otro extremo, algunos creen erróneamente que las ordenanzas les salvarán. Si logramos cumplir las ordenanzas y los rituales, todo irá bien. Me apresuro a señalar que la naturaleza de una persona no puede cambiarse con ordenanzas. Bautizar a una cabra no la convertirá en oveja. Digamos que un hombre ha vivido impíamente y llega al momento de su muerte. La gran mentira que se perpetúa es que si un líder religioso realiza la ordenanza o el ritual correcto, o le administra la extremaunción, se salvará. En esos últimos instantes, ese hombre malo tomó la comunión, o alguien realizó a su favor un ritual, de modo que se salva.

Mi pregunta es esta: *Si puedo cambiarle al final de su vida, ¿por qué no le puedo cambiar antes de que llegue este?* Si esos ritos son tan

poderosos, debería ser posible tomar a un hombre muy malo, en cualquier momento de su vida, bautizarle, darle la comunión, someterlo a todos los ritos religiosos disponibles y ver cómo cambia dramáticamente convirtiéndose en un hombre bueno y justo. Pero las cosas no funcionan así.

Veamos una mentira más en esta categoría, y quizá la más destructiva de todas: que el conocimiento de la Biblia es suficiente. Con solo saber lo que enseña la Biblia, ya lo tengo todo. Si he aprendido todos los relatos bíblicos en la escuela dominical, ese conocimiento me bastará para el resto de mi vida.

Sin embargo, una cosa es conocer la Biblia y otra distinta permitir que esta transforme a fondo nuestra vida y nuestro pensamiento. La Biblia es la verdad sobre la cual fundar nuestra confianza. Todas las demás cosas son mentiras, y no serán suficientes para vivir.

La clave para superar las mentiras del enemigo no consiste en meramente conocer la Biblia; supone conocer la Palabra viva, que no es otra que el Señor Jesucristo. Recuerda lo que dijo el compositor de himnos: “Te busco más allá de la página escrita, Señor”. La Biblia no es una novela que se pueda disfrutar, y luego cerrarla y guardarla hasta la próxima sesión. La Biblia nos pone cara a cara frente a Jesús.

La pregunta se reduce a esto: *¿En qué basas tu confianza?*

La única confianza válida es la que se edifica sobre “así dice Jehová”. Es fácil engañar a la mente humana, pero el corazón influido por el nuevo nacimiento basa su confianza en la Palabra viva, que no deja lugar al engaño. La Palabra de Dios es el fundamento sólido sobre el que podemos alzarnos cuando combatimos las mentiras letales del enemigo, y mientras levantemos nuestras vidas sobre este fundamento de la verdad, comprobaremos que estamos firmemente sujetos a la “Roca de la eternidad”.

Dios omnipotente

Henry F. Chorley (1808-1872)

y John Ellerton (1826-1893)

¡Dios omnipotente! Rey que ordena
el trueno cual clarín, el rayo cual su espada;
muestra su piedad allá en los cielos:
da tu paz en mis tiempos, oh, Señor.

¡Dios de misericordia! El mundo ha olvidado
tus caminos tan santos, despreciando tu palabra;
no dejes que tu ira despierte sus terrores:
da tu paz en mis tiempos, oh, Señor.

¡Dios de toda justicia! El mundo te deifica;
mas por la eternidad permanece tu palabra.
La mentira y el mal no están en tu presencia:
da tu paz en mis tiempos, oh, Señor.

¡Dios que todo provee! El mundo por tu vara,
libertad y verdad conocerá de nuevo;
en la espesa tiniebla tu reino ya se acerca:
darás paz en mis tiempos, oh, Señor.

